

INVOCACIÓN

Mi espíritu me lleva a escribir, oh, dioses, acerca de los seres a los que disteis cuerpos cambiantes y nuevas formas. Haced que mi relato transcurra ordenadamente, desde el origen del mundo hasta mis días¹.

¹El poema termina en el 44 a. C. con la muerte de Julio César, asesinado un año antes del nacimiento de Ovidio.

EL ORIGEN DEL MUNDO

Antes de que existieran el mar, la tierra y el cielo, que todo lo cubre, solo había una masa desordenada y oscura, llamada Caos. Aquel amasijo era al mismo tiempo frío y caliente, seco y húmedo, rígido y blando, leve y pesado.

Un dios —otros dicen que fue la Naturaleza— quiso cambiar esa situación. Desenredó los elementos, separó la tierra del cielo e hizo el mundo tal como lo conocemos. Separó también el mar de la tierra y dispuso las costas, los ríos, los manantiales, los lagos, las llanuras, los valles y los montes.

Dividió el mundo en zonas, unas muy calurosas, otras muy frías y algunas templadas. Espolvoreó de nieve la cumbre de las montañas e inventó el fuego, que encerró en los inmensos hornos que hay bajo los volcanes.

Sobre la tierra colocó el aire. Creó las nubes y la niebla, que todo lo esconden; los truenos y los relámpagos, que atemorizan a los seres humanos, y los cuatro vientos, hermanos mal avenidos, que a menudo se enfrentan con enconada furia. Aún más arriba colocó el cielo azul, tan ligero que carece de sustancia y de peso.

Quiso el dios poblar el cielo de astros, y puso en él al ardiente sol, a la luna plateada y a las palpitantes estrellas, que se encienden al llegar la noche.

En comparación, la tierra estaba desnuda como un desierto. El dios la revistió con altas hierbas y con árboles frondosos, y con sus manos modeló a los animales de variadas formas, que luego repartió por el mundo.

Puso los peces en las olas inquietas, las aves voladoras en el aire movedizo y las fieras y otros cuadrúpedos en los lugares de suelo más firme y endurecido, que podían resistir cualquier peso.

Pero se notaba la ausencia de un ser más noble y puro, dotado de pensamiento y espíritu, capaz de dominar al resto de los seres vivientes.

La misión de crearlo recayó en un titán², Prometeo³, que modeló al primer hombre a imagen de los dioses, con tierra y agua de lluvia.

Los animales poseían en alto grado excelentes cualidades, como la agilidad, la fuerza o el don de volar. Prometeo le dio al hombre un cuerpo que le permitía caminar sobre dos piernas, para que pudiese alzar el rostro, contemplar el cielo y medir el tiempo, guiándose por las posiciones cambiantes del sol, la luna y las estrellas.

Le dio también una boca, una lengua y una garganta sublimes, para que, a diferencia de otros animales, fuese capaz de expresar con precisión y claridad sus deseos y sus creencias.

² Los titanes fueron seres celestiales de estatura gigantesca y grandes poderes, que se enfrentaron a los dioses y acabaron siendo derrotados por estos.

³ Ovidio no cita a Prometeo por su nombre, sino que se refiere al linaje de Jápeto. También este era un titán, que tuvo varios hijos, de los cuales, el más conocido es Prometeo, creador del primer hombre.

LAS CUATRO EDADES

Cuatro edades con nombres de metales se han sucedido sobre la tierra, desde que el hombre surgió y empezó a poblarla.

Al principio fue la Edad de Oro. Por entonces, Saturno⁴, hijo de Urano, aún reinaba sobre los dioses del Olimpo⁵, que habían edificado sus moradas junto al cielo, en las altas cumbres.

Allá arriba, sobre el tropel de nubes, unos pórticos majestuosos daban acceso a amplios jardines, donde el viento tenía prohibida la entrada. Cada mañana, cuando la aurora asomaba por el horizonte y los caballos del sol abandonaban sus cuadras para recorrer el cielo, los dioses se reunían en la casa de Saturno. Agrupados en torno suyo, compartían una dicha interminable y un festín perpetuo, regado con néctar y ambrosía⁶.

Abajo, los hombres también disfrutaban de los dones de la vida. En vez de pasar por los procesos del nacimiento y el crecimiento, aparecían en la tierra como jóvenes ya formados. No existían la enfermedad ni la vejez, y la muerte llegaba plácidamente y en silencio, como en un sueño.

En un clima de eterna primavera, no había necesidad de ropas ni de casas. Los árboles daban flores y frutos durante todo el año, y bastaba tender la mano para alcanzar los racimos de uvas. Ríos de leche corrían por la tierra, y las abejas producían sin cesar una miel exquisita, que cedían con agrado.

⁴ Uno de los titanes que mató a Urano, dios del cielo estrellado, y ocupó su trono. Los griegos lo llamaban Cronos. Para los romanos, Saturno era el dios de la agricultura y de la cosecha, y controlaba el tiempo.

⁵ Montaña más alta de Grecia. Según la mitología clásica, allí estaban los palacios de los dioses y el trono de Júpiter.

⁶ El néctar era la bebida de los dioses, que algunos identifican con el vino.

La ambrosía era una comida o bebida que los volvía inmortales. Para algunos, tanto el néctar como la ambrosía eran tipos de miel.

Los hombres dormían al aire libre, bajo el manto protector de las estrellas. Nunca disputaban, y nadie envidiaba las posesiones de sus vecinos. Las armas eran desconocidas, los animales del bosque convivían con el hombre y los dioses del Olimpo no interferían en su destino.

La despreocupada Edad de Oro terminó cuando los codiciosos titanes, para apoderarse del Olimpo, amontonaron montañas sobre montañas, hasta llegar más alto, y lanzaron rocas contra los dioses. Algunas de esas rocas acabaron en el mar y lo salpicaron de islas. Otras, al caer en tierra, alzaron colinas y formaron valles.

La guerra duró diez años. Armado con el rayo, Júpiter⁷, hijo de Saturno, venció a los titanes y los arrojó al sombrío Tártaro⁸, esto es, a lo más profundo del infierno.

La victoria de Júpiter lo convirtió en gobernante del universo y señor del Olimpo. Comenzó una segunda Edad, la de Plata, peor que la de Oro pero mejor que las que llegarían después. La floreciente primavera tuvo que compartir el año con el verano ardiente, con el mudable otoño y con el invierno.

Al empeorar el clima, los hombres se vieron obligados a vivir bajo techo y a refugiarse en cuevas. Todo les daba miedo: las fieras del bosque, el viento del norte, la oscuridad de la noche sin luna.

Prometeo, el titán que había creado a los hombres, se conmovió al verlos tan desamparados. Para que pudieran defenderse de las fieras y cultivar la tierra hostil con los instrumentos adecuados, decidió robar el fuego de los dioses, que Vulcano⁹,

⁷ Zeus en la mitología griega. Dios de dioses, es el encargado de garantizar el orden en el universo.

⁸ Mundo subterráneo y lugar al que iban los muertos.

⁹ Hefesto en la mitología griega. Hijo de Júpiter y de su esposa Juno. Se dice que, al nacer, tenía un aspecto tan horrible que su madre, asustada, lo arrojó desde la cumbre del Olimpo. Al caer se rompió las piernas. Pese a su fealdad, está casado con Venus, diosa de la belleza y de la seducción.

¹⁰ Astilla o raja de madera muy impregnada en resina, que, encendida, alumbra como un hacha.

el dios del fuego, de los volcanes y de las artes del metal, guardaba en su fragua subterránea.

Prometeo se acercó con cuidado a la fragua, encendió una tea¹⁰ en un horno y se la llevó a los hombres, que lo recibieron como a un héroe. Desde entonces en adelante, fabricaron armas y arados, se calentaron en torno a la hoguera y pudieron iluminar el interior de sus cuevas.

Al conocer el robo, Júpiter se indignó. Y aún se indignó más cuando observó que los hombres se envalentonaban, se creían los iguales de los dioses y dejaban de hacerles sacrificios. Envío a Prometeo a la cumbre más alta del Cáucaso y mostró a Vulcano el lugar donde quería que lo encadenase. De mala gana obedeció el dios herrero.

—¿Ves, oh, Prometeo —le dijo Vulcano—, este martillo, estas argollas y estas cadenas? Yo no te deseaba ningún mal. Pero he de cumplir la voluntad de Júpiter, mi padre, señor de todos los dioses. Es tu desobediencia la que nos ha traído a este lugar abrupto, donde el sol despiadado curtirá tu piel cada día y la fría escarcha cubrirá tu cuerpo cada noche. Nunca podrás descansar ni dormir, y no volverás a oír la consoladora voz de los hombres, por quienes tanto has hecho.

Vulcano puso las argollas en las muñecas y los tobillos del desdichado Prometeo, y lo encadenó a la roca.

Cada mañana, un buitre, que para otros es un águila de corvas garras, llega con las alas extendidas, aterriza a su lado y le abre el costado para alimentarse de su hígado. De noche, la herida se

cierra y el hígado se recupera y renace, para que el tormento empiece de nuevo.

Apareció en tercer lugar la Edad de Bronce, más dura y cruel que la anterior. Los hombres se volvieron codiciosos, y hurgaron en las entrañas de la tierra para extraer el oro, la plata y las piedras preciosas, que luego se disputaban con violencia.

La tierra dejó de pertenecer a todos. Cada uno marcó sus territorios y ambicionó los ajenos. Se fabricaron más armas y se formaron ejércitos. Hubo guerras, corrieron ríos de sangre y la vida fecunda dio paso a la muerte inevitable.

Júpiter puso fin a esta época con un diluvio.

Por último, empezó la Edad del Hierro, en la que aún nos encontramos. En ella, la verdad y la justicia fueron sustituidas por la mentira y el crimen. Los amigos dejaron de confiar entre sí, los hermanos se traicionaron.

Hubo hijos que asesinaron a sus padres, y padres que hicieron lo mismo con sus hijos. La enfermedad doliente y la vejez cruel se propagaron por el mundo. La felicidad de la Edad de Oro quedó enterrada en el pasado, como un tesoro perdido en la infancia, y el verdadero amor cayó en el olvido y se convirtió en polvo.

JÚPITER Y LICAÓN

Un día, el hedor de la sangre derramada por los hombres llegó al Olimpo. Desde la cumbre, Júpiter miró hacia abajo. Lo que vio le llenó de cólera, porque era un dios justo y sabio. Más allá de las nubes, y hasta donde le alcanzaba la vista, todo eran disputas, robos, quema de templos, destrucción de ciudades, batallas sin fin.

Júpiter trataba por igual a todos sus súbditos, desde los más poderosos a los más humildes. Cuando los hombres se portaban bien y cumplían alegremente con su destino, hacía que la tierra produjese trigo para ellos, que los árboles se cubriesen de frutos, que se multiplicaran las ovejas y que el mar suministrase una pesca abundante.

En cambio, cuando renegaban de la justicia y la sabiduría, Júpiter desencadenaba la furia de los elementos: el trueno y el rayo desgarraban las nubes, la tormenta devastaba los campos, los ríos se desbordaban y el funesto granizo destruía las cosechas.

Pero lo que estaba ocurriendo entonces sobrepasaba cualquier límite. Era una ofensa a los dioses, un desafío, y como tal, debía ser castigado. Los hombres habían tomado el camino equivocado, y era imposible desviar la mirada y fingir que en la tierra todo seguía bien.

Juno advirtió la cólera de Júpiter, y le preguntó:

—¿Qué te ocurre, esposo mío y dios de dioses, que cierras el puño y frunces el ceño con ahínco?

—He de exterminar a los hombres, y eso me entristece —le contestó él—. Tenía muchas esperanzas puestas en ellos. Pero no les dimos la inteligencia ni el lenguaje para que los malgastaran.

—Dales tiempo, querido —le aconsejó Juno—. Comparados con nosotros, los dioses, que existimos desde el principio de los tiempos, el género humano es joven e inexperto. Parece que fue ayer cuando el desdichado de Prometeo les dio forma.

—¡No me hables de Prometeo! —le interrumpió Júpiter, y su cólera se redobló—. Suya es la culpa de que los hombres sean tan malcriados. ¡Mira que darles el fuego...!

—Cuando los hombres maduren —continuó ella—, aprenderán a dominarse. Además, es posible que la vista te haya engañado, y que las nubes te hayan confundido. Quizá lo que has presenciado sea un espejismo.

—Las nubes me obedecen de buen grado, y mi vista es excelente. ¿No notas tú también el olor a sangre?

—Podría ser el olor de los sacrificios con los que te honran.

—Ese olor acabará por volverme loco. Pero puede que tengas razón, esposa mía, y los hombres merezcan que les demos una segunda oportunidad.

—Y piensa otra cosa —insistió ella—. Si ellos desaparecieran, ¿quién nos adoraría? ¿Quién haría sacrificios en nuestro honor? ¿Los caballos? ¿Los monos?

Júpiter admitió que no sería lo mismo.

Tomó la apariencia de un viejo campesino, vestido con harapos, y descendió hasta el llano. Visitó las aldeas, las ciudades y los campos, y comprobó que en todas partes los hombres eran como lobos para otros hombres. Lo que había visto desde lo alto no era un espejismo, como su esposa sugería.

Para cerciorarse aún más de la maldad de los hombres, se fingió inválido y exageró su torpeza. En lugar de ayudarle, como corresponde a la gente de bien, lo golpearon, le robaron y lo dieron por muerto.

En una taberna oyó que Licaón, rey de Arcadia, comía carne humana y cada noche devoraba a un niño. Quiso conocerlo, y se presentó en su palacio.

—Déjame pasar la noche en tu casa —le rogó—. Los ancianos soportamos mal el frío.

A Licaón le había llegado el rumor de que Júpiter había descendido a la tierra y andaba haciendo preguntas sobre él a todos los arcadianos. Vio que un anillo con el sello de un águila asomaba bajo los harapos, y ese detalle confirmó sus sospechas.

—Que nadie diga —replicó— que el rey Licaón no es generoso. Puedes quedarte y compartir mi cena.

Dio instrucciones a sus criados para que condujeran al invitado a una alcoba y lo asesinasen durante la noche, cuando le venciera el sueño.

Acto seguido, mandó matar a un niño y ordenó que lo sirvieran en la cena. Tan pronto reconoció los restos cocinados, Júpiter dio un puñetazo sobre la mesa, blandió su rayo vengador, y dijo:

—¿Cómo puedes atreverte a comer carne y a invitarme a compartir tus vicios? Sé, además, que planeabas matarme. Si te queda algo de piedad, resévala para ti mismo, porque vas a pagar un precio muy alto.

Con un solo gesto, Júpiter hizo que el palacio entero se derrumbara. El rey Licaón huyó aterrado, pero pronto le alcanzó el castigo divino. Sus pies y sus manos se convirtieron en zarpas, su rostro adelgazó, sus orejas se volvieron largas y puntiagudas, sus dientes se afilaron, su cuerpo se cubrió de un pelaje negro y espeso, y le salió una cola. Intentó gritar, pero de su garganta solo nació un aullido largo y quejumbroso.

Se había transformado en lobo.

Al día siguiente, los habitantes de la Arcadia le dieron caza y lo mataron, sin saber que había sido su rey.

Para entonces, Júpiter ya estaba de vuelta en el Olimpo. Convocó a los dioses en su casa, los recibió sentado en su majestuoso trono de oro y marfil, con el rayo en la mano derecha, y narró su estancia entre los mortales y su aventura con el pérfido Licaón.

—Me llevaría días contaros la cantidad de crímenes que he visto cometer. Baste con decir que todos los hombres parecen haberse puesto de acuerdo para hacer el mal. Por eso he decidido limpiar la tierra de tanto crimen y tanta codicia, y destruirlos a todos. Haré llover tanto que las aguas subirán, y un diluvio universal acabará con la vida humana.

Otros dioses aprobaron sus palabras. «Con tal de que ese diluvio no llegue hasta aquí...»,



pensaban. Pero ¿cómo iban a llegar las aguas hasta la cima del Olimpo?

Solo Diana¹¹ y Mercurio¹² protestaron.

Diana, diosa de la caza, de las tierras salvajes y de la luna, preguntó si los otros animales morirían también.

—Solo los que no sepan nadar o volar —contestó Júpiter.

—¿Y los demás? —insistió Diana.

—Los haremos de nuevo. Pero serán más bellos, fuertes y veloces.

Por su parte, Mercurio, que estaba acostumbrado a tratar con los hombres y a comerciar con ellos, preguntó si el mundo, sin la presencia humana, no sería un lugar demasiado solitario.

Júpiter lo tranquilizó al momento:

—No temas —le dijo—. Una nueva generación de hombres nacerá, cuando la actual haya sido destruida. Será una generación mucho mejor, más fiable y de conducta más recta. Pronto se extenderá por toda la tierra, y podrás seguir relacionándote y comerciando con ella.

¹¹Artemisa en la literatura griega. Recorre los bosques con un arco en la mano, en compañía de un séquito de ninfas
¹²Hermes en la mitología griega. Hijo de Júpiter y de la ninfa Maya. Dios del ingenio, del comercio, de los ladrones y los mentirosos. Guía a los muertos y los conduce al inframundo.